

noventa carros falcados, llamaba para que se le reuniese á Arquelao, que todavía se mantenía en la marina en la parte de Muniquia, por no querer ni retirarse del mar, ni combatir con los Romanos, sino solo entretener la guerra, é interceptar á estos los víveres. Conociólo todavía mejor que él Sila, y así marchó precipitadamente hácia la Beocia, abandonando unos terrenos quebrados, y que aun en tiempo de paz no podían proveer á su subsistencia. Eran muchos los que creían que había errado su cálculo, por cuanto dejando el Atica que era país áspero y poco á propósito para la caballería, había bajado á los valles y á las dilatadas llanuras de la Beocia, no obstante ver que la fuerza principal de los bárbaros consistía en los carros y en la caballería; pero por huir, como hemos dicho, del hambre y la carestía, se vió precisado á preferir el peligro de una batalla. Dábale además cuidado Hortensio, buen caudillo y animoso guerrero, que trayendo de la Tesalia refuerzos al mismo Sila, era espiado y aguardado de los bárbaros en los desfiladeros. Estos fueron los motivos que tuvo Sila para marchar á la Beocia; y en cuanto á Hortensio, Cafis, que seguía nuestra causa, le condujo, engañando á los bárbaros, por caminos excusados á aquella misma Titorea, que no era entonces una ciudad grande como lo es hoy, sino solo un castillo clavado en una roca tajada, á la que ya en otro tiempo se acogieron, y en la que se salvaron aquellos Eocenses que huyeron de Jerges en su venida. Allí se acampó Hortensio, y por el día se ocultó á los enemigos; mas á la noche bajó por los terrenos mas fragosos á Patronide, donde con su tropa se unió á Sila, que le salió al encuentro.

Luego que estuvieron reunidos tomaron una grande altura, que está en medio de los deliciosos campos de Elea, con agua abundante en su falda: llámase Filobeoto, y Sila celebra sobremanera sus cañidades y su posición. Acampáronse, y á los ojos de los enemigos parecieron muy pocos, pues de caballería no eran mas de mil y quinientos, y la infantería aun no llegaba á quince mil hombres: por lo cual, precisando los demas generales á Arquelao á que formase sus tropas, llenaron toda la llanura de caballos, de carros,

de escudos y de rodelas, no bastando el aire para referir la gritería y alboroto de tantas especies de gentes como allí se hallaban reunidas y ordenadas. No era tampoco pequeña parte para el espanto y el terror la riqueza y brillantez con que se presentaban, porque el resplandor de las armas guarnecidas graciosamente con plata y oro, y los colores de las túnicas de la Media y la Escitia, adornadas con el bronce y el hierro que brillaban á lo lejos, al moverse y sacudirse semejaban al fuego, y hacían una vista terrible; tanto que los Romanos se estaban retirados dentro del valladar, y no halló Sila modo alguno ni palabras que bastasen á desvanecer su asombro: viéndose precisado, por cuanto no quería tampoco violentar á los que así se resistían, á haber de estarse quieto y aguantar con el mayor desabrimiento la mofa y el escarnio de los bárbaros, que al cabo fue lo que le aprovechó. Porque despreciándole los enemigos se entregaron al mayor desorden; y como por otra parte no eran ya muy obedientes á sus generales, por ser tantos los que mandaban, eran muy pocos los que permanecían en el campamento; y antes habiéndose cebado la mayor parte en el saqueo y la rapiña, solían andar dispersos y separados de aquel jornadas enteras: de manera que se dice haber asolado la ciudad de los Panopeos, saqueado la de los Lebadios, y despojado su oráculo sin orden de ninguno de sus generales. Sentía Sila y se afligia extremadamente de que ante sus ojos fuesen destruidas las ciudades, y tomaba el partido de no dejar en reposo á los soldados, sino que sacándolos del campamento, les hizo trabajar en mudar el curso del Cefiso y en abrir fosos, no permitiendo descansar á ninguno, y castigando irremisiblemente á los que aflojaban, para lo que estaba él mismo de sobrestante; todo con la mira de que aburridos con las obras, abrazaran el peligro por huir del trabajo, como así sucedió. Porque al cabo de los tres días de aquella fatiga sacándolos Sila, le pidieron á voces que los llevara contra los enemigos; á lo que les contestó, que aquel clamor no le significaba que quisiesen pelear, sino que deseaban huir del trabajo; mas con todo si se sentían con ánimo de combatir tomasen las armas, y viniesen á aquel sitio, señalándoles la que antes

habia sido ciudadela de los Parapotamios, y entonces destruida la ciudad, habia venido á quedar en ser un collado pedregoso y escarpado, que no estaba separado del monte Edulio, sino el espacio que con sus aguas ocupa el Aso; el cual, confundiendo en la misma falda con el Cefiso, y haciéndole de mas rápida corriente, contribuye á que la cumbre sea mas á propósito para establecer con seguridad un campamento. Así es que viendo Sila que de los enemigos los de bronceados escudos se dirigian á él, quiso anticipárseles, ocupando aquel puesto, y le ocupó; mostrándose con grande ánimo los soldados. Como arrojado de allí Arquelao moviese contra Queronea, los Queronenses, que militaban con Sila, le suplicaron que no abandonase su patria; por lo que envió en su defensa al tribuno Gabinio con una legion, dejando ir con ellos á los Queronenses, que aunque quisieron no pudieron llegar antes que aquel: de manera que el que iba á salvarlos, aun se mostró mas activo y pronto que los mismos que habian menester su auxilio. Tuba dice que el enviado no fue Gabinio, sino Ericio; mas como quiera, en esto consistió el que nuestra ciudad saliese de aquel peligro.

De Lebadia y de Trofonio les llegaban á los Romanos felices anuncios y faustos vaticinios; acerca de los cuales hacen los del pais diferentes relaciones; mas lo que escribe el mismo Sila en el libro décimo de sus comentarios es que despues de haber ganado ya la batalla de Queronea, vino á buscarle Quinto Tito, varon de pequeño crédito entre los que traficaban en la Grecia, y le participó que Trofonio le profetizaba allí mismo otra segunda batalla y victoria dentro de breve tiempo. Despues de este, otro de los que militaban en su ejército, llamado Salvinio, le anunció de parte del Dios cual era el término que habian de tener las cosas de Italia. Ambos hablaron por visiones que habian tenido, porque segun sus relaciones habian visto de una misma manera la hermosura y grandeza de Júpiter Olimpico. Luego que Sila pasó el Aso se dirigió al Edulio, acampándose al frente de Arquelao, que habia puesto su campo fortificado en medio del Aconcio y el Edulio, en los que llaman los Asios. El lugar en que puso las tiendas todavía de su nombre se llama

Arquelao en el dia de hoy. Habiendo tomado Sila un dia de reposo, al siguiente dejó allí á Murena, que mandaba una legion y dos cohortes, para que cargara sobre los enemigos cuando ya estuvieran en desórden; y él hizo á orilla del Cefiso un sacrificio, despues del cual marchó la vuelta de Queronea, para tomar la tropa que allí habia, y reconocer el monte llamado Turio, en cuya ocupacion se le habian adelantado los enemigos. Es este una eminencia muy pendiente y redonda, á la que damos el nombre de *Ortopago*: al pie pasa el rio Molo, y se halla el templo de Apolo Turio: tomando el Dios esta dominacion de Turo, madre de Quiron, que se dice haber sido el fundador de Queronea. Otros dicen que fue allí donde se apareció la vaca que para guia fue dada á Cadmo por Apolo, y que de ella tomó aquel nombre el sitio; porque los Fenicios al buey le llaman *Tor*. Estando Sila en marcha para Queronea salió á recibirle con su tropa ya armada el tribuno que tenia puesto de gobernador en aquella ciudad, trayéndole una corona de laurel. Luego que saludó con la mayor afabilidad á los soldados, se dispuso para el combate, y en este acto se le presentaron dos ciudadanos de Queronea, Homoloico y Anaxidamo, ofreciéndole destruir á los que ocupaban el Turio, solo con que les diese unos cuantos soldados; porque habia un atajo, ignorado de los bárbaros, que por el Museo conducia al Turio desde el llamado Petroco, hasta estar encima del puesto que estos tenían; y cayendo sobre ellos por aquel camino, con facilidad serian destruidos, ó se les desalojaria hácia la llanura. Aseguróle Gabinio del valor y lealtad de los que hacian la oferta; y dándoles Sila la orden de que la pusiesen en ejecucion, formó su ejército, distribuyendo la caballería en una y otra ala: tomó él mismo para sí el mando de la derecha, y dió á Murena el de la izquierda. Los legados Galba y Hortensio, que mandaban las cohortes de retaguardia, marcharon á ponerse en observacion sobre las alturas, para el caso de que se tratara de envolverlos, por cuanto se habia advertido que los enemigos ponian mucha caballería y tropa ligera en las alas, extendiéndolas demasiado, y haciéndolas delgadas y flexibles para cercar á los Romanos.

Habian los Queronenses tomado de Sila por caudillo á Eri-
cio, y marchando por el Turio sin ser sentidos, cuando des-
pues se mostraron fue grande la turbacion y fuga de los bár-
baros, y mayor todavía la matanza de unos con otros; por-
que no aguardaron en su puesto, sino que corriendo por los
precipicios caian sobre sus propias lanzas, y con la priesa se
despeñaban unos á otros, persiguiéndolos desde arriba los
enemigos, hiriéndolos por la espalda; de manera que pere-
cieron unos tres mil en el Turio; y de los que huyeron, á
unos les cortó la retirada, y los destrozó Murena, que ya
habia tomado posición; y otros arrojados hácia el campamento
amigo, como cayesen repentinamente y sin orden sobre
la hueste ya formada, introdujeron en la mayor parte el
terror y la confusion; y con retardar las órdenes de los ge-
nerales no fue tampoco pequeño el mal que causaron. Porque
Sila sobrevino prontamente cuando así estaban desordenados,
y pasando con ligereza el espacio que los separaba,
quitó á los carros falcados toda su actividad y fuerza, por
cuanto esta la toman principalmente de lo largo de la carre-
ra, que es la que les da ímpetu y pujanza: siendo por el con-
trario los golpes de cerca ineficaces y flojos, como los de los
dardos, si el arco no ha podido tenderse; que fue lo que en-
tonces sucedió á los bárbaros, porque apoderados los Roma-
nos de los primeros carros, que no habian podido obrar ni
chocar sino débil y remisamente, luego con risa y gritería
pedian otros, como se acostumbra hacer en el circo en las
carreras de caballos. En este estado vinieron á las manos
una y otra infantería, presentando los bárbaros sus lanzas
largas, y procurando con la union de los escudos conservar
el orden de la formacion; mas los Romanos arrojando las
picas, y echando mano á las espadas, retiraron las lanzas
de aquellos tan pronto como con gran rabia se arrojaron so-
bre ellos; porque vieron que estaban formados en primera
fila quince mil esclavos, que los generales del Rey habian
proclamado libres de los tomados á los enemigos, y les ha-
bian dado lugar entre los primeros infantes: así se dice ha-
ber exclamado un centurion de los Romanos, que solo en los
saturnales habia visto á los esclavos usar de libertad. A es-

tos pues como con dificultad los hiciesen huir los infantes
romanos por el apiñamiento y espesor de la formacion, y
tambien porque ellos mostraron mas desnudo del que podia
esperarse; los desordenaron por fin, y obligaron á volver la
espalda las piedras y dardos que con abundancia les tiraron
los Romanos que se habian colocado á la espalda.

Extendia Arquelao su ala derecha en disposicion de en-
volver á los Romanos, y Hortensio acudió á carrera con sus
cohortes á acometerle por el flanco; pero como aquel enviase
sin dilacion á su encuentro dos mil caballos que tenia á ma-
no, oprimido de la muchedumbre se retiró hácia las alturas,
perdida algun tanto la formacion, y cercado de los enemigos.
Súpolo Sila, y marchó al punto en su auxilio desde el ala
derecha que aun no habia entrado en accion. Arquelao, que
por el polvo levantando con aquel movimiento conjeturó lo
que era, dejó en paz á Hortensio, y se dirigió al sitio de
donde partió Sila en su ala derecha para derrotarla, hallán-
dola falta de caudillo. Al mismo tiempo Taxiles cargó á Mu-
rena con sus *calcaspidas*, ó los de bronceados escudos; de
manera que formándose gritería en dos partes, y repitiendo
el eco de las montañas, lo entendió Sila, y quedó muy con-
fuso sin saber adonde acudir. Resolvió volver á su puesto,
mandando en socorro de Murena á Hortensio con cuatro
cohortes; y dando orden á la quinta de que le siguiése, mar-
chó al ala derecha, que por sí misma se habia sostenido
dignamente contra Arquelao, y con su venida enteramente
le rechazó. Victoriosos pues persiguieron á los enemigos há-
cia el rio y el monte Aconco, adonde corrian en completa
dispersion. Mas no por esto se descuidó Sila de Murena, que
quedaba en riesgo, sino que partió á dar socorro á aquellas
tropas; pero viéndolas tambien vencedoras, volvió á tomar
parte en la persecucion. Murieron muchos de los bárbaros
en aquella llanura; pero fueron muchos mas los que perecie-
ron sobrecogidos en las inmediaciones del campamento
adonde querian refugiarse: en términos que de tantos mi-
llares solos diez mil llegaron á Calcis. Sila dice que de los
suyos solo faltaron catorce, y de estos aun parecieron dos á
la caída de la tarde. Así en los trofeos inscribió á Marte, la

Victoria y Vénus, como que habia dado fin glorioso á aquella guerra, no menos por su buena dicha, que por la pericia y el valor; y este trofeo, por la victoria de la llanura, le colocó en el punto en donde primero cedió Arquelao junto al rio Molo. El otro por la sorpresa de los bárbaros existe en la cima del Turio, y su inscripcion en caracteres griegos da el prez de la victoria á Homoloico y Anaxidamo. Las fiestas por estas victorias las celebró en Tebas, erigiendo un altar junto á la fuente Edipode: los jueces eran Griegos, escogidos de las demas ciudades, habiéndose mostrado irreconciliable con los Tebanos, á quienes tomó la mitad de sus términos, consagrándola á Apulo Pitio y Júpiter Olimpico; y del dinero de las rentas de ellos mandó se diera tambien á los Dioses el que les habia tomado de sus templos.

Sabiendo á poco de ejecutadas estas cosas que Flaco, elegido cónsul de la faccion contraria, atravesaba con tropas el mar Jonio, segun se decia contra Mitridates, pero en realidad contra él mismo, movió hácia la Tesalia, como para salir á recibirle; pero habiendo llegado á Melitea, le vinieron avisos de muchas partes de que estaban talando el pais que dejaba á la espalda tropas del Rey en no menor número que antes. Porque Dorilao, que habia llegado á Calcis con grande aparato de naves, en las que traia ochenta mil hombres del ejército de Mitridates, ejercitados y muy en orden, sin detenerse habia pasado á la Beocia; y apoderado del pais, procuraba atraer á Sila á una batalla: desatendiendo los consejos de Arquelao, que trataba de contenerlo, y aun reconviene en cierta manera á este sobre la anterior batalla, como que sin traicion no podian haber sido desechas tan considerables fuerzas. Mas Sila, que tuvo que retroceder á toda priesa, hizo conocer á Dorilao que Arquelao era hombre prudente, y tenia experiencia de lo que era el valor romano; pues con solo haber tenido con Sila unos ligeros encuentros cerca de Tilfosio, fue ya el primero en no tener por conveniente que la contienda se decidiera en una batalla, sino que la guerra se alargase y se fatigase á Sila á fuerza de tiempo y de gastos. Mas sin embargo de esto dió cierta confianza á Arquelao el pais de Orcomene, en que estaban

acampados, por ser muy ventajoso en caso de venir á las manos, para los que prevalecian en caballería; porque entre las llanuras de la Beocia es la mas bella y mas espaciosa la que empieza en la ciudad de Orcomene, porque ella sola se dilata anchamente, y está despejada de arboledas hasta las lagunas en que se pierde el rio Melas; el cual, naciendo debajo de Orcomene, caudaloso y navegable desde su fuente, en lo que es único entre todos los rios de la Grecia, tiene ademas la particularidad de que crece como el Nilo en el solsticio del verano, y lleva plantas semejantes á las de aquel, sino que no dan fruto, ni llegan á la misma altura. No va tampoco muy lejos; sino que la mayor parte se pierde muy pronto en lagos ciegos y pantanosos; y despues la otra parte, que es bien escasa, se mezcla con el Cefiso en aquel punto donde la laguna produce la caña de flautas.

Estando acampados muy cerca unos de otros, Arquelao se mantenía en quietud; pero Sila se dedicó á abrir fosos de uno y otro lado, con el objeto de cortar á los enemigos, si le era posible, los lugares seguros y á propósito para la caballería, y estrecharlos hácia las lagunas. No lo sufrieron estos, sino que saliendo con ardor y en tropel luego que los generales se lo permitieron, no solo se dispersaron los que con Sila se hallaban en los trabajos, sino que tambien se conmovieron y dieron á huir parte de los que estaban sobre las armas. Entonces Sila, apeándose del caballo y tomando una insignia, corrió por entre los que huían contra los enemigos, diciendo á voces: A mí me es glorioso, ó Romanos, morir en este sitio: vosotros á lo que os pregunten dónde abandonasteis á vuestro emperador, acordaos de responderles que en Orcomene. Esta voz los contuvo, y como dos cohortes de las del ala derecha se adelantasen á apoyarle, con ellas rechazó á los enemigos. Retrocedió luego con ellas un poco, y dándoles un refresco, volvió otra vez al trabajo de abrir foso delante del real de los enemigos. Volvieron estos tambien á acometer en mas orden que antes; y Diógenes, hijo de la mujer de Arquelao, peleando en el ala derecha, pereció con gloria. Los arqueros como oprimidos de los Romanos no tuviesen retirada, tomando muchos dardos en la mano, é hi-

riendo con ellos como con unas espadas, procuraban defenderse: al fin encerrados en su campo, á causa de las muertes y heridas, pasaron congojosamente la noche. Al dia siguiente otra vez sacó Sila los soldados á la obra del foso, y como los enemigos saliesen en gran número como para batalla, arrojándose sobre ellos, los rechazó, y no quedando ninguno que hiciese frente, tomó á viva fuerza el campamento. Llenaron los muertos de sangre las lagunas y de cadáveres todo el terreno pantanoso, tanto que aun ahora se encuentran arcos del uso de los bárbaros, morriones, fragmentos, de corazas de hierro y espadas sumergidos entre el cieno, sin embargo de haberse pasado doscientos años poco mas ó menos desde aquella batalla. Así es como se refiere lo ocurrido en las jornadas de Queronea y Orcomene.

Como en Roma Cina y Carbon maltratasen con la mayor injusticia y violencia á los mas principales ciudadanos, muchos huyendo de la tiranía se acojian como á un puerto al ejército de Sila: así por cierto tiempo hubo cerca de él una especie de Senado; y Metela, habiendo podido con dificultad ocultarse á sí misma y á sus hijos, llegó trayéndole la noticia de que su casa y sus haciendas habian sido quemadas por sus enemigos, y pidiéndole diera auxilio á los que quedaban en Roma. Cuando se hallaba perplejo, por no poder resolverse ni á abandonar la patria molestanda y oprimida, ni á partir dejando imperfecta una obra tan importante como era la guerra mitridática, se le presentó un comerciante de Delos llamado Arquelao, enviado secretamente de parte del otro Arquelao á hacerle ciertas proposiciones y darle esperanzas. Oyóle Sila con tanto placer que se determinó á ir por sí mismo á conferenciar con Arquelao, y conferenciaron en efecto orilla del mar, cerca de Delio, donde está el templo de Apolo. Comenzó Arquelao la plática, procurando atraer á Sila á que abandonando el Asia y el Ponto partiese á la guerra que tenia que sostener en Roma, recibiendo para ella de parte del Rey intereses, galeras y tropa en la cantidad que quisiese; á lo que contestó Sila proponiéndole á su vez, que no hiciera cuenta del Rey, sino que reinase él mismo en su lugar, haciéndose aliado de los Romanos, y entregando

cierto número de naves. Repelió Arquelao con horror una traicion semejante; y entonces le dijo: Pues si tú, ó Arquelao, siendo Capadocio y esclavo, ó si quieres amigo de un Rey bárbaro, no sufres la infamia por bienes de tan gran tamaño, á mí que soy Romano y Sila; cómo te atreves á hablarme de traiciones, como si no fueras aquel mismo Arquelao, que huyendo en Queronea con muy poca gente, restos de ciento veinte mil hombres, te hubieste de esconder por dos dias en las lagunas de Orcomene, dejando intransitable la Beocia por la multitud de los cadáveres? A esto mudando ya de language Arquelao, y echándose á sus pies, le rogó que pusiera fin á la guerra haciendo paz con Mitridates. Admitió Sila la propuesta, y se hizo un tratado, por el que se convino en que Mitridates cederia el Asia y la Paflagonia; se pondria por Rey de Bitinia á Nicomedes, y de Capadocia á Ariobarzanes, y se entregarían á los Romanos dos mil talentos y setenta naves con espolones de bronce y todo su aparejo, con solo que Sila afianzase al Rey, y le diese por seguros todos sus demas dominios, y le declarase aliado del pueblo romano.

Hechos estos convenios, torciendo de camino, marchó por la Tesalia y la Macedonia al Helesponto teniendo á Arquelao con grande estimacion en su compañía; y habiendo caido este enfermo de peligro en Larisa, parando el viaje, hizo se le asistiera como á uno de los generales y caudillos que militaban en sus órdenes. Esto dio ocasion á que se pusiera tacha en la jordana de Queronea, como que no se habia obrado con limpieza; y tambien á que habiendo remitido Sila al Rey todos sus amigos que habian quedado cautivos, solo á Aristion el tirano le dió muerte con yerbas por estar enemistado con Arquelao. Sobre todo hizo sospechar el terreno de diez mil yugadas que se dió en la Eubea á un hombre de Capadocia, y el haberle declarado Sila amigo y socio de los Romanos; mas sin embargo, de todo esto hace Sila la apologia en sus comentarios. Viniéronle á esta sazón embajadores de Mitridates diciendo, que á todo lo demas estaba pronto; pero que en cuanto á la Paflagonia no venia en que se le despojase de ella, y en cuanto á las naves de ningun modo se

conformaba; de lo que indignado Sila: ¿Qué es lo que decís? les preguntó: ¿Mitridates se opone á lo de la Paflagonia, y del todo se niega en cuanto á las naves, cuando yo creia que me haria adoraciones si le dejaba aquella diestra, con la que á tantos Romanos ha dado muerte? bien pronto será otro su lenguaje en pasando yo al Asia: ¡está muy bien que ahora descansando en Pérgamo dirija una guerra que hasta el dia no ha presenciado! Intimidados los embajadores guardaron silencio; pero Arquelao hizo ruegos á Sila, y sosegó su enojo, tomándole la diestra y derramando lágrimas. Persuadióle finalmente á que le enviase á él mismo á Mitridates, porque ó haria la paz con las condiciones que queria, ó si no lo alcanzaba se daria á sí mismo la muerte. Mandándole pues bajo estos supuestos invadió la Media, y habiéndolo talado todo, dió la vuelta á la Macedonia, y en Filipos recibió á Arquelao, que le participó estar todo negociado á satisfaccion; pero que Mitridates deseaba con ansia venir á tratar con él: siendo de ello la principal causa Fimbria, que habiendo dado muerte á Flaco, cónsul del otro partido, y vencido á los generales del Rey, marchaba ya contra el mismo. Este temor era el que principalmente obligaba á Mitridates á preferir el hacerse amigo de Sila.

Juntáronse en Dardano de la Troade, teniendo consigo Mitridates doscientas naves armadas, cuarenta mil infantes, seis mil caballos y gran número de carros falcados; y Sila cuatro cohortes y doscientos caballos. Vinose hácia él Mitridates alargándole la mano; pero Sila le preguntó, ¿si daba por terminada la guerra bajo las condiciones convenidas con Arquelao? y como el Rey callase, pues de los que tienen que pedir, continuó Sila, es el hablar los primeros: los vencedores con callar hacen bastante. Comenzó entonces Mitridates á hacer su apología, echando la culpa de la guerra ya á algun mal genio, y ya á los mismos Romanos; mas interrumpióle Sila diciendo, que ya antes habia oido á otros, y ahora habia conocido por sí mismo cuan diestro era Mitridates en la retórica, pues que no le habian faltado palabras que tenían algun color en hechos tan depravados é injustos. Reprendióle pues, y reconvínole por tantos males como habia causado, y

volvióle á preguntar ¿si pasaba por lo convenido con Arquelao? y como dijese que sí, entonces le saludó y le echó los brazos para abrazarle; presentándole á los Reyes Ariobarzanes y Nicomedes, y reconciliándolos con él. Dióle Mitridates las setenta naves y quinientos arqueros, é hizo vela para el Ponto. Habia observado Sila que se habian disgustado los soldados con aquellas paces, pareciéndoles cosa terrible que un Rey que habia sido el mayor enemigo de los Romanos, teniendo dispuesta la matanza en un dia de setenta mil de ellos de los que se hallaban en el Asia, se marchara con su riqueza y sus despojos de este mismo pais, que habia estado saqueando y poniendo á contribuciones por cuatro años seguidos; pero se excusó con ellos, diciéndoles que no le habra sido posible hacer aun tiempo la guerra á Fimbria y Mitridates si se hubieran coligado contra él.

Partió de allí contra Fimbria, que estaba acampado junto á Tiro, y estableciendo muy cerca de él sus reales se puso á abrir un foso en derredor de ellos. Los soldados de Fimbria salieron de su campamento sin mas que las túnicas, y yéndose á saludar á los de aquel, se pusieron á ayudarles en su obra con el mayor calor; vista la cual mudanza por Fimbria, como considerase á Sila inflexible, se dió á sí mismo la muerte en su campo. Sila entonces multo al Asia en general en cien mil talentos; y luego en particular vino á arruinar las casas con la insolencia y el exquisito servicio de los alojados; porque mandó que el huésped diese al soldado raso cuatro tetradracmas (1) al dia, y ademas de comer á él y á cuantos amigos convidase; que el tribuno percibiria al dia cincuenta dracmas y una ropa para casa y otra para salir á la calle.

Habiendo dado á la vela de Efeso con todas las naves, entró al tercer dia en el Pireo: inicióse en los misterios, y se apropió para sí la biblioteca de Atelicon de Teyo, en la que se hallaban la mayor parte de los libros de Aristóteles y Teofrasto, poco conocidos entonces de los mas de los literatos. Dícese que traida á Roma, Turanion el gramático corrigió muchos lugares; y que habiendo alcanzado de él Andrónico

(1) La tetradracma era de cuatro dracmas, y la dracma venia á valer dos reales de vellón.

Rodío algunas copias, las publicó, siendo este tambien quien formó las tablas que ahora corren. Los mas antiguos de los Paripatéticos, aunque generalmente elegantes é instruidos, parece que no tuvieron la suerte de dar con muchas de las obras de Aristóteles y Teofrasto, ni de poder examinarlas con la debida diligencia, por culpa del heredero Nileo Escesio, á quien las dejó Teofrasto y de quien pasaron á hombres oscuros é ignorantes. Mientras Sila se detenía en Atenas le cargó en los pies un dolor sordo con pesadez, del que dice Estrabon que es el tartamudeo de la gota. Embárcose para Adeps, donde usó de aguas termales, entreteniéndose juntamente y pasando el tiempo con los artifices de Baco. Pasándole orilla del mar le presentaron unos pescadores ciertos peces muy hermosos, y holgándose mucho con el presente, como hubiese sabido que eran de Aleas preguntó, ¿pues qué todavía hay alguno de Aleas vivo? y es que cuando vencedor en la batalla de Orcomene persiguió á los enemigos, al paso asoló tres ciudades de la Beocia, Antedon, Larumna y Aleas. Quedáronse cortados de miedo los pescadores; pero sonriéndose les dijo, que fuesen en paz, pues no eran ruines ni despreciables los intercesores que habian traído; y alentados con esto los Aleenses es fama que volvieron otra vez á la ciudad.

Sila, bajando al mar por la Tesalia y la Macedonia, se disponia á marchar con mil y doscientas naves desde Dirraquio á Brindis; pero está á poca distancia de Apolonia, y á la inmediacion de esta Ninfeo, lugar cerrado, donde de un montecillo cubierto de yerba y de unos prados nacen diversas fuentes que de continuo manan fuego. Estando él allí durmiendo se dice que cogieron un sátiro, cual los escultores y los pintores los representan, y que traído ante Sila, se le preguntó por medio de diversos intérpretes quién era, y como nada articulase con sentido, ni despidiese mas que una voz áspera mezclada del relincho del caballo y del balido del macho cabrío, asustado Sila le hizo soltar conjurando el mal agüero. Estándose ya entendiendo en el embarque de los soldados, manifestó temor Sila de que luego que aportasen á la Italia se dispersarian acá y allá por las ciudades; y ellos juraron que se mantendrian unidos, y que voluntariamente ningun

daño causarían en Italia. Despues, considerando que habria menester cuantiosos fondos, le presentaron y ofrecieron todo lo que cada uno tenia ahorrado; mas Sila no admitió aquellas primicias, sino que aplaudiéndolos y confirmando los en su adhesion á él, partió alentadamente, segun él mismo dice, contra quince generales contrarios que mandaban cuatrocientas y cincuenta cohortes, por significarle el Dios con la mayor claridad la ventura que le aguardaba. Porque sacrificando en Tarento inmediatamente despues de su arribo, se vió que la extremidad del hígado presentaba la figura de una corona con dos cintas que de ella pendian; y poco despues del desembarco en la Campania junto al monte Hefeo se vieron por el dia dos machos grandes de cabrio acometerse, y hacer y padecer todo lo que acontece á los hombres cuando pelean. Fue solo una apariencia; la que levantada un poco de la tierra se esparció por el aire en diversas partes parecidas á unas imágenes muy débiles, y luego se desvaneció enteramente. Despues, al cabo de poco tiempo, congregando en aquel mismo lugar Mario el jóven y el cónsul Norbano considerables fuerzas, Sila sin formar su tropa, ni distribuirla convenientemente, y sin mas que el vigor y el ímpetu que su misma decision dió á los soldados, desbarató á los enemigos, y encerró á Norbano en la ciudad de Capua, habiéndole muerto siete mil hombres. Esto dice haber sido causa de que no se disolviese su ejército, diseminándose por las ciudades, sino en que se mantuviese unido, mirando con desprecio á los enemigos, sin embargo de que eran en mucho mayor número. En Silvio dicen que por divina inspiracion se le presentó un esclavo de Poncio anunciándole de parte de Belona la superioridad en la guerra y la victoria, y que si no se daba prisa arderia el Capitolio; lo que así sucedió el mismo dia que habia predicho, que fue un dia antes de las nonas Quintiles, que ahora llamamos Julias. Ademas de esto, hallándose Marco Luculo, uno de los generales del partido de Sila, en las cercanías de Fidencia con solas once cohortes, al frente de cincuenta que tenían los enemigos, él bien confiaba en el valor de sus soldados; pero se detenía porque la mayor parte estaban desarmados. Hallándose pues perplejo

y pensativo trajo el viento de la llanura vecina en que habia unos prados muchas flores, y las arrojó y esparció sobre los escudos y cascos de los soldados, pareciéndoles á los enemigos que se habian puesto coronas; y ellos cobrando con esto nuevo ardor, se arrojaron al combate, del que salieron vencedores, dando muerte á diez y ocho mil hombres y tomando el campamento. Este Luculo era hermano del otro Luculo, que mas adelante derrotó y exterminó á Mitridates y á Tigranes.

Sila, viéndose todavía estrechado por todas partes de sus enemigos con muchos ejércitos y numerosas tropas, hizo por atraer á la paz, parte por la fuerza, y parte por engaño al otro consúl Escipion. Habiéndole dado este entrada tenian conferencias y frecuentes juntas, buscando siempre Sila algun motivo de dilacion y algun pretexto; y en tanto ganó á los soldados de Escipion por medio de los suyos, ejercitados en toda falsedad y lagotería como su general. Porque entrando dentro del campamento de los enemigos, y mezclándose en medio de ellos, al punto se atrajeron á unos con dinero, á otros con promesas, y á otros con lisonjas y halagos. Finalmente presentándose Sila allí cerca con veinte cohortes, saludándole se pasaron á él, y quedándose Escipion solo en su tienda, hubo de conformarse: mientras Sila, habiendo cazado con sus veinte cohortes, como con otras tantas aves mansas, las cuarenta de los enemigos, las condujo todas á su campamento: así se cuenta haber dicho Carbon que peleaba en Sila con un leon y una raposa alojados en su cama; pero la que mas le incomodaba era la raposa. A este tiempo Mario, que tenia en Signio ochenta y cinco cohortes, provocaba á Sila á una batalla; y este admitió gustoso el combatir en aquel mismo día, porque habia tenido entre sueños esta vision. Parecióle que el viejo Mario, ya difunto tiempo antes, exhortaba á Mario su hijo á que se guardara del dia que entraba, porque le traía un grande infortunio: por tanto Sila estaba pronto para la batalla, y envió á llamar á Dolabela, que estaba acampado á alguna distancia; pero como los enemigos le tomasen los caminos y le cerrasen el paso, los soldados de Sila llegaron á cansarse de combatir y andar; y cayendo al

mismo tiempo mientras así trabajaban una gran lluvia, esto acabó de estropearlos. Dirigiéndose pues los tribunos á Sila le pedian que dilatase la batalla, mostrándole á los soldados quebrantados de la fatiga, y tendidos por el suelo reclinados sobre los escudos. Hubo de condescender muy contra su voluntad; y dada la señal de hacer alto, cuando empezaban á formar el valladar y abrir el foso, delante del campamento se presentó con arrogancia Mario, yendo el primero en su caballo, en el concepto de que los desbarataria hallándolos desordenados. Entonces su genio dió cumplida á Sila la palabra que le anunció en sueños, porque su colera pasó á los soldados, y suspendiendo las obras, dejadas las picas clavadas en el foso, desenvainaron las espadas, y con grandes algazara se trabaron con los enemigos; mas estos no aguantaron mucho tiempo, sino que dieron á huir, y se hizo en ellos una horrible carnicería. Mario huyó á Preneste; pero ya encontró cerradas las puertas; y echándole de arriba una cuerda, se la ciñó al cuerpo, y así lo subieron á la muralla. Algunos dicen, y de este número es Fenestela, que Mario ni siquiera tuvo la menor noticia de la batalla, sino que habiéndose recostado en tierra bajo una sombra, á causa de sus muchas vigiliyas y fatigas, al tiempo de hacerse la señal del combate le cogió el sueño, y apenas despertó cuando todos habian dado á huir. Dicese que Sila no perdió en esta batalla mas que veinte y tres hombres, habiendo muerto á cuarenta mil de los enemigos, y apresado vivos ochenta mil. Con igual felicidad le salió todo lo demas por medio de sus generales, Pompeyo, Craso, Metelo y Servilio, pues sin vacilar poco ó nada destrozaron fuerzas muy considerables de los enemigos; de manera que Carbon, que habia sido el principal apoyo de la faccion contraria, abandonando de noche su ejército se embarcó para el Africa.

En el último combate, como atleta que entra de refresco contra el que está cansado, estuvo en muy poco que el Samnite Telesino no lo derribase y destruyese á las mismas puertas de Roma; porque allegando mucha gente en union con Lamponio Luqués marchó con celeridad sobre Preneste, con el intento de sacar del cerco á Mario; pero habiéndose ente-

rado de que tenia á Sila por el frente y á Pompeyo por la espalda, dirigiéndose ambos á toda priesa contra él, encerrado de una y otra parte, como buen guerrero, ejercitado en muchos combates, levanta su campo por la noche, y marcha con todas sus fuerzas contra Roma. Faltó muy poco para que la sorprendiese sin ninguna guardia; y estando á diez estadios de la puerta Colina, allí se fijó, amenazando á la ciudad, lleno de presuncion y de esperanzas por haber burlado á tantos y tan acreditados generales. En la madrugada, habiendo salido contra él á caballo lo mas escogido de la juventud, dió muerte á muchos, y entre ellos á Apio Claudio, varon insigne en linaje y en virtud. Siendo grande como se deja conocer la confusion de la ciudad, y muchos los lamentos y las carreras, el primero que se alcanzó á ver fue Balbo, enviado por Sila á todo escape con setecientos caballos; y no dando mas tiempo que el preciso para que se les quitase el sudor, volvió á ensillar á toda priesa, y se fué en busca de los enemigos. En esto ya se descubrió Sila, y dando al punto orden á los principales para que se diese un rancho, formó en batalla. Rogáronle con instancia Dolabela y Torcuato que se detuviese y no aventurase el resto, teniendo la gente tan fatigada, pues los que ahora se le oponian no eran Carbon y Mario, sino los Samnites y Lucanos pueblos enemigos encarnizados de Roma y muy belicosos; pero apartándolos de sí mandó que las trompetas dieran la señal de investir, cuando veían ya á ser las diez del dia. Trabóse un combate como el que nunca otro; y la derecha mandaba por Craso alcanzó al punto la victoria; mas como la izquierda sufriese y llevase lo peor, fué Sila en su socorro en un caballo blanco que tenia muy alentado y ligero. Conociéndole por él dos de los enemigos tendieron sus lanzas para arrojárselas. El mismo Sila no lo advirtió; pero su asistente dió con el látigo al caballo, y este se adelantó lo preciso para que alcanzando las puntas á dar en la cola, cayesen y se clavasen en tierra. Dicese que teniendo Sila un idólito de Apolo tomado en Delfos, le traia siempre consigo en el seno en las batallas, y que en aquel trance le besó diciendo: « O Apolo Pitio, tú que de tantos combates sacaste

triumfante y glorioso á Cornelio Sila, el feliz, ¿lo habras traído ahora aquí á las puertas de la patria para arrojarle á que perezca vergonzosamente con sus conciudadanos? » Hecha esta plegaria se dice que exhortó á unos, amenazó á otros, y á otros los cogió del brazo; mas que finalmente mezclado con los que huian, se refugió al campamento, habiendo perdido á muchos de sus amigos y deudos. No pocos tambien de los que habian salido de la ciudad á ver la accion perecieron y fueron pisoteados; de modo que daban por perdida la patria, y estuvo en muy poco que no hiciesen alzar el cerco de Mario: porque los que de la revuelta fueron allá á parar excitaban á Lucrecio Ofela, encargado de estrechar el sitio, á que levantara sin dilacion el campo, teniendo por muerto á Sila, y á Roma por presa de los enemigos.

Siendo ya muy alta noche vinieron al campo de Sila de parte de Craso á pedir raciones para él y para sus soldados; porque luego que venció á los enemigos, persiguiéndolos hasta Antemna, puso allí cerca su campo. Sila con esta noticia, y con la de que habian perecido la mayor parte de los enemigos, pasó al amanecer á la misma Antemna; y presentándosele tres mil de estos en legacion, les ofreció darles inmunidad si volvian á él despues de haber causado algun daño á los otros enemigos. En esta confianza acometieron á los restantes, y murieron muchos á mano unos de otros; mas á aquellos mismos, y á los que pudo haber de los otros, en todo hasta unos seis mil, los encerró en el Hipódromo, y convocó el Senado para el templo de Belona. Al mismo tiempo de llamar él la palabra para hablar al Senado los que tenian la orden dieron muerte á los seis mil. Levantóse una horrorosa gritería, como era natural, siendo asesinados tantos en un recinto estrecho; y como los senadores se asustasen, del mismo modo que estaba hablando, no alterándose ni mudándose el semblante, les mandó que atendiesen á lo que decia, sin meterse en las cosas de afuera; porque aquello no era mas que un aviso hecho de su orden á algunos perversos. Esto hizo conocer, aun al menos despierto de los Romanos, que habian mudado de forma de tiranía, pero no la habian sacudido: pues